

LA NOVELA FILM

N.º 37 Especial

50 cts.



LA ILÍADA, DE HOMERO

LA NOVELA FILM

Redacción | Lauria, n.º 96
Administración | BARCELONA

Año II

N.º 37

LA ILÍADA, DE HOMERO

Maravilla cinematográfica, tomada
de la grandiosa obra de Homero

PRINCIPALES INTERPRETES:

Edy Darclea

Wladimir Gaidarow

EMELKA FILM
INTERNACIONAL

Grandes exclusivos de
ERNESTO GONZÁLEZ
MADRID

CONCESIONARIOS PARA CATALUÑA, Y BALEARES

INTERNACIONAL FILMS

Valencia, 278-pral.

BARCELONA



LA ILÍADA, DE HOMERO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

El rapto de Helena

I

Sobre el templo de Afrodita, diosa del Amor, el alba de un nuevo año luce para Grecia. El Gran-Sacerdote, ante el fuego sagrado y a los pies de la deidad, invoca a ésta para que despierte a Adonis, dios de la Primavera. Y, como todos los años, ornando la paloma sagrada con la simbólica corona, látzala a los cielos para que elija, entre las griegas, la mujer preferida, que despertará a Adonis de su sueño invernal ofreciéndosela desnuda.

Veinte años antes, Priamo, el venerable rey le había predicho que en la hora de su muerte de Troya, postrado ante Atenea, cuyo sacerdote vería la ruina de su reino, le ofrecía el sacrificio de su hijo Paris; pero, falto de valor, se lo entregó al pastor Agelao para que éste cumpliera el sacrificio. No sirvió, sin embargo, Agelao para verdugo, y contra el mandato de Priamo, veló, como un padre, por la vida del hijo del rey de Troya.

Nadie supo la desobediencia de Agelao y el

niño creció a su lado ignorando su regio origen.

He aquí hoy al bello Paris, encarnación humana del propio Adonis, con su hermosura de Príncipe y su flauta de pastor. Está triste, sin que él pueda decir por qué.

Siempre rehuyes la compañía de los pastores—le censura cariñosamente el fiel Agelao—. ¡Vayamos a la ciudad y goza de su alegría!

Paris se niega con un leve gesto; y los ecos de la fiesta, llegando a la montaña, hacen más triste la melancolía del soñador, que en pos de sus ganados, con el primer lucero de la tarde, se remonta; nadie sabe hacia qué quimeras imposibles!

Viéndolo marchar, Agelao sintió entrárselo en el corazón una amargura que dió vida a un deseo. Aquel joven era para el querido como un hijo. Ternuras de padre le prodigara y su tristeza haciale daño. Acercóse entonces al ara doméstica e invocó:

—Perdonadme, oh, dioses, y dadle a él lo que desea!

Tendido en el campo, mientras sus ganados morfosqueaban las hierbas frescas, Paris dejóse ganar por el sueño, alumbraido por la estrella Venus, que lucía allá en lo alto.

Y soñó:

Las nieblas que llenaban su pensamiento desgarráronse de pronto, y en el centro de un círculo luminoso apareciósele un enviado divino, que le habló así:

—Tres diosas van a someter su hermosura



PARIS. — WLADIMIR GAIDAROW.

a tu juicio. Como premio entrega, a la elegida, esta manzana.

Estremecido de emoción, tembló Paris, con el fruto entre sus dedos. Miró luego al enviado, quien, al desaparecer, fué sustituido por la figura de una mujer que le dijo:

— Yo soy Juno, la esposa de Júpiter, la casta, la vengativa, la guardadora del matrimonio! Elígeme y te daré el supremo poder sobre la tierra. ¡Por la escalinata del Olimpo, ascenderás al poderío extremo!

Paris vaciló, pero no entregó la manzana a la diosa de las diosas, y Juno fué a ocultar su despecho en las moradas olímpicas.

Tras ella mostróse Minerva y el pastor oyó su voz fuerte y vibrante:

— ¡Yo soy Pallas Atenea! Encarno la sabiduría y la guerra, las artes y las armas. ¡Dame la manzana y te daré la gloria!

De nuevo vaciló Paris y de nuevo ocultó el fruto entre sus dedos. Y como Juno, Minerva desapareció, dejando el puesto a una mujer de maravilloso desnudo, muellmente achada en el lecho de una concha prodigiosa; y su voz acariciadora, tibia y suave como la pechuga de un cisne, dijo:

— ¡Yo soy Venus Afrodita, diosa de la belleza y del amor! La que del fondo del mar, nació entre la espuma, como las perlas. Otórgame el premio y te daré lo que codicias para tu gozo: ¡la mujer más hermosa del mundo!

De esta vez Paris no dudó y, aproximándose a la diosa, le otorgó el premio:

—¡Tuya es la manzana, Venus Afrodita!

—Toma, en cambio, esta paloma—le replicó la diosa—. Siguela siempre. A través de los mares, ella te enseñará el camino que ha de conducirte hasta tu amada.

Con esta última aparición, desvaneciéronse los sueños. Amanecía. París despertó, y confortado por el recuerdo de su sueño, recuperando la confianza en sí mismo, dijo a Agelao:

—Yo iré a Troya, y, en honor de Afrodita, sacrificaré mi mejor becerro.

Del establo del ganado hizo salir a un novillo y, mancoteándolo, afirmó:

—Este, que es el de más ruda testuz, lo haré y lo dejaré tendido frente al ara sagrada.

Mientras estos sucesos acaecían en Troya, muy lejos, al otro lado de los mares, Helena, la reina joven que idolatran los espartanos, rodeada de esclavas jugaba por los patios de palacio.

De súbito las alas de una blanca paloma movieron revuelo fementido. El ave fué a posarse en la cabeza, ornada con la regia diadema, de la reina, que dejó de acariciar el harpa armoniosa para apresarse a la linda paloma.

—¡Reina! ¡La corona de Afrodita! exclamó una esclava—. ¡Tú eres la elegida para la fiesta de Adonis!

En efecto, del cuello de la avecilla pendía una pequeña corona de mirto. La noticia corrió de boca en boca; acudieron guerreros y sacerdotes, y Menelao, el esposo de Helena, sintióse sacudido por la vanidad de poseer a la mujer más hermosa de Grecia.

Poco después, Menelao oía a un augur que le presagiaba lo siguiente:

—Oye, Rey de Esparta, lo que anuncia el oráculo de Delos: Si te vencer en los Juegos Olímpicos, donde tu mujer otorgará la corona del triunfo, ella te será arrebatada y habrás de luchar muchos años hasta rescatarla.



Yo iré a Troya, y, en honor de Afrodita, sacrificaré mi mejor becerro.

La paloma había despertado un extraño presentimiento en el alma sin mancha de Helena. Poseída de una oscura inquietud, la Reina, como si adivinara un porvenir nefasto, rogó a Menelao cuando éste volvía de oír el oráculo:

—¡Adórneme la vergüenza de verme desnuda ante los hombres, esposo mío!



Helen. EDN DARCIER.

— ¡Nunca! — rechazó él. — ¡Que todos me envidien por ser tu dueño! Irás a la isla de Citeres, donde se levanta el templo de Adonis y toda la Grecia te adorará, pues su rey, mi hermano Agamenón, hará que a todos llegue el rumor de este fausto suceso.

Al mismo tiempo, en Troya, los sacerdotes observaron que Atenea, la diosa protectora de la ciudad, se manifestaba ofendida por una causa ignorada. La cólera divina de Minerva, en forma de huracán, destruyó su propia imagen. Y todos, pueblo y sacerdotes, se presentaron confusos y aterrados en el palacio de Priamo para que éste hallara la manera de desagraviar a la deidad.

Hector, el hijo mayor del Rey, solicitó entonces de su padre el honor de ir a Grecia para aplacar a la diosa con presentes y sacrificios. Pero el adivino Aisaco, cuyas profecías son texto de fe en el reino, advierte a Priamo, dueño y señor de pueblos y ciudades, el peligro de su intento con estas palabras:

— ¡Ay, de ti, si uno de tus hijos embarca para Grecia!

Ante aquella amenaza, el Rey dirigióse al pueblo congregado delante del palacio:

¿Quién de vosotros se ofrece voluntario a ir en lugar de Hector?

De la multitud destacóse Paris, adelantóse hasta Priamo, sin que éste le reconociera, y dijo:

— ¡Yo iré!

Agelao, su padre adoptivo, el único que podría descubrir la verdad, calló por miedo, aun-

que sufría la angustia de la profecía de Aisaco.

Y la voz de Priamo, sonó imperativa:

—¡Que aparezcan la nave que ha de conducir a nuestro mensajero!

Entre tanto Helena, a quien la voz del presentimiento llena la conciencia de temor, decide ir a consultar a la Pitonisa, una vieja rufosa y desdentada que conoce el secreto de lo que ha de suceder.

—En que lees el porvenir oscuro, dime si debo ir a la isla de Citeres—le pregunta la Reina.

Ven conmigo—replica la Pitonisa—, mira el fondo de la cisterna y en ella leerás tu destino. En sus aguas dormidas, se refleja tu estrella. Contéplala bien!

Inclinada sobre la cisterna, cuyas aguas removió con una vara, Helena pudo ver como en el marco de una estrella dibujábase el rostro de un bello desconocido; aquel rostro era el de Paris.

—¿Por qué te conturbas?—preguntó la Pitonisa viéndola temblar.— Ese hombre será, fatalmente, tu amor.

En las aguas tranquilas de la cisterna, la estrella fué engañándose y alejándose hasta ocultarse. Y la Reina volvió a su palacio con una nueva inquietud.

La nave de Paris disponíase a partir en aquella hora. Hécula, mujer de Priamo, despidió al joven nauta acaso pensando en el hijo sacrificado y que ella ignoraba que era el mismo que estaba a sus plantas esperando que sus manos temblorosas le cifraran a la frente el sagrado emblema.

La nave llevaría las terneras destinadas al sacrificio, a las que los sacerdotes ornaron con las insignias de Troya.

Con el llanto en los ojos, Agelao vió partir a Paris. Y ya se alejaba el navío cuando un rayo cayó sobre la diosa airada de la ciudad, la terrible Atenea.

—¡En seguida! ¡Llamad al profeta Aisaco!—ordenó, pálido de miedo, el Rey.

Traído el augur a su presencia, Priamo le interrogó:

—¿Qué significa lo que acaba de suceder?

—No preguntes—contestó Aisaco—. Saber es dolor y dolor es tormento.

—¡Pronto, castigad a este hombre si no responde a mis preguntas!

Unos cuantos soldados rodearon al augur, quien, ante aquel peligro, reveló:

—La nave va con rumbo a tu desgracia. En el momento de tu muerte, verás sucumbir a Troya.

La espantosa revelación angustió al anciano rey, y Priamo, pastor de hombres, y Hector, su hijo, el del temolante casco, se abrazaron contemplando la embarcación fatal que se perfilaba en el horizonte y en la que había ido a posarse la paloma del destino.

•••

Las trompetas convocan a la isla de Citeres, donde se celebra el culto de Adonis. Bajo los arcos triunfales, avanza la hermosa Helena, encarnación humana de Venus Afrodita y de la

eterna condición femenina, tornadiza y caprichosa.

Avanzando hacia la Reina, el Gran Sacerdote le dice:

— ¡Grecia entera, representada por sus más gloriosos príncipes, ha venido hoy a rendirte homenaje! Esta corona que te ciño, la depositarás en el altar de Atenea, y cuando apunte el sol de la mañana, glorificarás con ella al vencedor de los Juegos Olímpicos.

En las carreras, que debían celebrarse aquel mismo día, pensaban tomar parte Menelao y Aquiles, el terrible caudillo griego. Este rival era el único peligroso para el rey de Esparta, el cual, camino del estadio, donde se hallaba Aquiles con su amigo inseparable Patroclo, recorrió a su bufón Tersites su promesa de impedir que Aquiles interviniera en las carreras.

— Mira, ya prepara su carro — dijo Menelao.

— Descuida; Tersites, el feo, el insolente y deslenguado, te jura que vencerás.

Y, alzando la voz, añadió:

— ¿Desde cuándo el terrible Aquiles lucha por laureles femeninos?

Como la picadura de una víbora, la burla del bufón surte su efecto. Volviéndose a Patroclo, Aquiles, herido por el dardo venenoso de las palabras de Tersites, ordena:

— Desengancha los caballos. ¡Ya no lucharé!

Alineados los carros en la arena del estadio, comienzan las carreras para ganar la corona que ha de otorgar la Reina.

Aquiles, reducido a la categoría de un mero

espectador, presencié la partida de los corredores y alzó la cabeza queriendo conocer a la esposa de Menelao. Deslumbrado por la maravillosa hermosura de Helena, lamentóse de haber renunciado a sus primeros deseos y, cambiando de resolución, apresuróse a decir a Patroclo, gritándole nerviosamente:

— ¡Los caballos! ¡Nos llevan una vuelta de ventaja!

Al aparecer en la pista el carro de Aquiles, Helena miraba a su alrededor con impaciencia, buscando entre la multitud el rostro del bello efebo que se le apareciera en su estrella.

Un clamor alzóse de las bocas de los espectadores:

— ¡Victoria! ¡Aquiles gana la primera vuelta!

Los carros volaban por la arena, adelantándose unos a otros vertiginosamente. La presencia de Aquiles había enfurecido a Menelao, que fustigaba sus caballos con rabia viendo adelantarse el carro de su rival.

Un nuevo clamor resonó en el estadio:

— ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Aquiles adelanta a Menelao!

Y en la última y emocionante vuelta, también Aquiles venció. Ciego de celos, Menelao quiso cerrarle el paso.

— ¡Aparta, Rey! — amenazó Aquiles — ¡Quieres verte a los pies de tu esposa, sobre la arena de la pista?

El espartano y el griego hicieron además de acometerse. Ya se oía el ruido de las armas. Ya se dividían los guerreros en dos bandos,

cuando la voz del Gran Sacerdote se dejó escuchar, llena de sabiduría:

— ¡Teneos, ilustres príncipes! ¡La sangre real mancharía el ara divina! ¡Los dioses no quieren que la derraméis! ¡No riáis por Helena, y jurad que siempre combatareis unidos, en su defensa, si alguien osara su daño!

Las manos de los caudillos se alzaron al cielo haciendo el juramento que se les pedía, y la paz, un momento en peligro, renació en los ánimos.

Al día siguiente, al salir del baño, la bella Reina vió en su espejo diluarse la imagen del efebo que ya otra vez contemplara reflejada en el profundo espejo de la cisterna de la Pitonisa. Pero ahora, ella no se turbó, y entusiasmada por aquel rostro perfecto, no pudo menos de besarlo apasionadamente.

Navegaba entonces París luchando con la tormenta, que Venus calmó oyendo las invocaciones de su protegido.

Ignorante de su destino, París se encaminaba hacia la mujer que en sus sueños le prometiera la diosa.

Ella le esperaba. Con su cuerpo de una blancura inmaculada perfumado y desnudo, Helena seguía mirando el espejo. Menelao vino a sorprenderla. El Rey, recordando la profecía del angur, tenía miedo de perder a su esposa.

— ¡El oráculo empieza a cumplirse! — le dijo — ¡Volvamos a Esparta! ¡Huye conmigo! Tengo miedo por ti!

— A tiempo te previne — repuso ella —. ¡Aho-

ra, es tarde! Me debo a la diosa. Soy su sacerdotisa.

Aquiles, el vencedor, presentóse en aquel momento. Venía por Helena para conducirla a la isla de Adonis.

Y Menelao sufrió la afrenta de que su rival hubiera visto a su mujer desnuda.



Navegaba entonces París luchando con la tormenta...

Des esclavas echaron sobre el cuerpo de la sacerdotisa el peplo sagrado, sutil velo de maravilla que fuera tejido por gusanos de oro. Entonces Aquiles le dió su mano para guiarla hasta la nave de los Sacrificios y salió con Helena, dejando solo a Menelao con su espantoso dolor.

Los sacerdotes esperaban a la Reina, a la que Aquiles vió partir con pena.

Al llegar a la isla, la sacerdotisa desembarcó, oyendo una vez más los consejos del Gran Sacerdote.



Y Menelao sufrió la afrenta de que su rival hubiera visto a su mujer desnuda.

—Empieza el velatorio de Adonis. Despierta al dios con tus ardientes rezos y se su esposa durante esta noche.

Helena entró en el templo del dios de la

juventud y del amor. Acercóse a su imagen, tallada en rico mármol, y abriendo el amplio velo, ofreciósele tímida y casta. Pero al caer a los pies del ídolo, hubo de advertir una singular semejanza entre él y el efeso dos veces entrevisto, y una dulcísima emoción comenzó a invadirla.

Entre tanto, Paris, guiado por la paloma, llegó a la isla, desembarcó en ella y, penetrando en el templo, oyó suplicar:

—Despierta, dios de la Primavera, y escucha mis rezos ardientes! Helena volvióse estremecida por el rumor de unos pasos, descubrió a Paris y toda temblorosa sonrióle como pudiera hacerlo Venus Afrodita.

—Tú! Eres tú, dios adorado, que me has oído y despiertas! —balbució, rendida de amor.

Con el velo desplegado, mostrábase a los ojos de Paris, que tendió sus brazos para abrazarla, mientras ella, desfalleciendo, gemía dulcemente:

—Ven a mí! Yo te amo!

La noche tendióse sobre la isla de Citera. Al amanecer, Helena, pensando en su destino, salió del templo, en el que Paris reposaba de las fatigas del mar y de las emociones del amor.

Devorando sus lágrimas, la a un tiempo venturosa y desventurada mujer vió acercarse la Nave Sagrada que venía a recogerla. Precipitadamente volvió al lado de Paris y lo despertó.

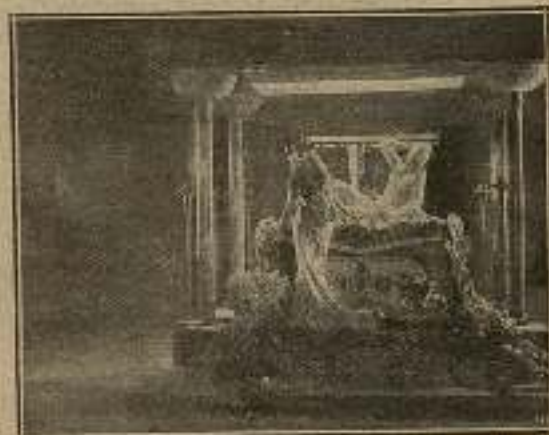
—Huye! Vienen por mí y la maldición de toda Grecia caerá sobre nosotros! Yo soy Helena, la Reina de Esparta!

Poniéndose en pie, París negóse a marchar.

—¡Nunca!—dijo—. Sin ti no podría vivir.
¡Huye conmigo! Del otro lado de la isla, nos
espera mi gente.

Helena no titubeó. Era su destino amar a
aquel eflebo.

—¡Soy tu esclava!—exclamó—. Haz de mí



¡Despierta, diosa de la Primavera, y escucha mis rezos ardientes!

lo que quieras.

París la cogió en sus brazos y fué a reunirse
con su gente, que había desembarcado en la isla
las terneras destinadas al sacrificio.

—¡La vela está rota!—gritó de pronto el
príncipe pastor.

Sobre el templo erguiase la estatua de Afrodita. París se encaramó hasta ella, despojándola
del rico manto que la cubría y que, sirviéndole
de vela, le sustrajo a él y a los suyos del castigo
de los griegos.



*—¡Huye! ¡Viene por mí y la maldición de
toda Grecia caerá sobre nosotros!...*

No tardaron los sacerdotes en darse cuenta
del rapto de la sacerdotisa. Las reueras abandonadas les dieron a conocer con sus insignias
que los ladrones eran de Troya. Y el Gran Sa-
cerdote, en alto los brazos, los ojos encendidos

de cólera, fulminó su anatema contra la raptada y los raptos:

—¡Maldita seas, reina indigna! ¡Maldita seas de Afrodita, a quien has ultrajado! ¡Y a ti también, ladrón infame! ¡Maldición para ti! ¡La Grecia entera luchará hasta destruir vuestra unión ilegal! ¡Maldigo a los dos! ¡Maldigo a Troya!

Empujada por viento favorable, la nave alejándose mar adentro. Y París, oyendo las maldiciones, murmuró a los oídos de Helena, que temblaba en sus brazos:

—¡Sólo podrá separarnos la misma diosa que nos unió!

La noche precedente, los reyes griegos habíanse reunido para celebrar con un festín el culto de Actonis, y sus libaciones eran acompañadas por los cantos del viejo rapsoda, que ensalzaba las hazañas de los héroes al dulce son de la serena lira.

Menelao procuraba ahogar el dolor por su derrota, bebiendo con frecuencia. Cerca de él, Aquiles se mostraba triste, y a sus espaldas, Tersites, que sabía gozar de la embriaguez, dijo de pronto con inconsciente osadía:

—¿Por qué no bebes, Aquiles? ¿Sueñas aún con la corona de Helena?

El terrible caudillo erguióse pálido de ira, alzó con sus brazos al insolente y arrojólo dentro de una enorme cuba, que se vino al suelo, arrojando fuera de sí al butón.

—¡Para que te laves la boca antes de atre-

verte a pronunciar el nombre de tu Reina! —le dijo, viéndolo tendido.

—¿Qué te importa mi mujer? —le preguntó airadamente Menelao.

—¿Es que aún te crees con derecho a ella —replicó con saña el caudillo— cuando, sólo por vanidad, has permitido que otros hombres la contemplasen desnuda?

Menelao, avergonzado y furioso, trató de acometer al hercúleo Aquiles. De nuevo oyóse el ruido de las armas. Pero he aquí una voz que anuncia:

—¡Han robado a Helena! ¡Acondios de vuestro juramento! ¡Hay que luchar por ella!

Y los príncipes griegos, ante aquel ultraje, renunciaron a sus momentáneas rivalidades para unirse en un mismo odio contra el enemigo común.

—¡Todos contra Troya! —clamanon.

Y sus espadas relampaguearon en el aire, dispuestas a segar las gargantas de los audaces troyanos.

II

Desde la partida de París, una y otra desgracia pesaban sobre Troya: incendios, ruinas y toda suerte de plagas. Tras el derrumbamiento de la estatua de Atenea, una misteriosa epidemia diezmaba la ciudad. El pueblo sollozaba, y Príamo, en su palacio, preguntaba incesantemente:

—¿Aún no se sabe de la nave que fué a Grecia?

El silencio de sus cortesanos era la única respuesta que obtenía.

Angustiado por los lamentos de sus súbditos, el Rey les prometió:

— ¡Callad vuestros cantos de dolor! ¡Pondremos una nueva diosa en los altares! ¡Callad!

Pero, al llegar la noche, los fúnebres cortejos desfilaban sin cesar por las calles en sombros, en largas procesiones.

Priamo, enrojecido contra Atenea que con tantos males castigaba a su reino, sólo esperaba una señal para saber qué diosa la había de sustituir.

Un día, hallándose en las gradas de palacio en presencia del pueblo, el pastor Agelao apareció diciendo:

— Señor! ¡Otra desgracia! Los leones de las montañas han entrado en tus ganados y han dado muerte a dos de mis compañeros!

El anciano rey abatió la cabeza sobre el pecho. Entre la multitud prodóse un rumor prolongado.

— ¿Qué sucede? — preguntó el Rey.

— ¡La nave que marchó a Grecia se ha estrellado en la costa! He aquí su proa, que hemos encontrado sobre la arena.

Los hombres de los mensajeros de la nueva calamidad, sostenían los restos del navío.

Aquella noticia hirió profundamente a Agelao.

— Entonces — dijo — ha muerto Paris, consueño de mi vejez.

— ¿Paris? — preguntó Priamo, sorprendido al oír el nombre del hijo que había mandado sa-

crificar veinte años antes.

Agelao arrojóse a sus plantas.

— ¡Sí, tu hijo! Sólo ahora que ha muerto me atrevo a confesarte que, en contra de tus ordenes, no tuve valor para matarlo.

El Rey compadecióse del dolor de su súbdito, a pesar de su desobediencia, y sus manos acariciaron la cabeza blanca de Agelao, mientras Hécula, la madre, sollozaba al saber que su hijo había vivido sin que ella lo supiera.

Nuevos mensajeros se presentaron al Rey.

— ¡Las olas han arrojado a la playa este manto de Atroidea!

Era la vela que Paris improvisara al huir de la isla de Citeres. Priamo creyó ver en este suceso la señal que esperaba, y olvidando sus amarguras, dijo:

— ¡Ella será desde hoy la diosa tutelar de Troya! Disponed en su honor una cacería de leones. Hector la mudará.

Contra lo que se creía, Paris y Helena no habían sacudido. Una furiosa tormenta, en la que pereció toda su gente, arrojólos a la costa, y aun pudo el príncipe pastor, con sobrehumanas fuerzas, conducir a la Reina hasta unas rocas. Luego fué a explorar los alrededores, y cual no sería su sorpresa al distinguir en la lejanía las murallas de Troya.

— ¡Estamos en mi patria! — dijo a Helena.

En la ciudad estaban haciéndose los preparativos de la cacería. Hécula bendijo a Hector, al que entregó un recipiente de arcilla esmaltada diciéndole:

—Toma esta ofrenda, hijo mío, y con los leones que rindas llevásela a los dioses, como prenda votiva por el alma de tu hermano. Mis lágrimas van en ella.

Era en las primeras horas de la mañana. Con Helena en brazos, Paris encaminóse a la morada de Agelao, vacía entonces.

—El no está, pero vive—murmuró el Príncipe—. El fuego arde en el hogar y el ganado rúñia, como antaño, en sus pesebres.

Había depositado a su amada en un rústico lecho. Una melancólica tristeza extendíase por el rostro de Helena. El se acongojó y le dijo con voz fervorosa:

—Reina, quisiera conquistar un mundo para ti. Pero soy un pobre y no tengo otros bienes que tu amor.

Retiróse de su lado para volver en seguida con algunas frutas.

—Toma. Esto es lo que pueda ofrecerte: lo que los dioses me dan.

La Reina mordió la fruta. Sentíase fatigada. Sus brazos cayeron a lo largo del cuerpo. Sus ojos se cerraron. Y su cabeza se inclinó.

A sus pies, velando su sueño, Paris se puso a tallar su imagen para ofrecérsela a Venus Afrodita.

Avanzaba el día. No lejos de allí, los cazadores, guiados por las indicaciones de los pastores, cuyo ható fuera sorprendido al amanecer por la acometida de los leones, dividióronse en dos grupos, dirigiéndose uno a la montaña y otro al valle. En el primero iba Hector, que pronto

hubo de poner a prueba su valor acometiendo a un león con su espada y vencióndole en lucha cruenta.

El cadáver de la fiera fué depositado en unas parihuelas, y el vencedor dirigióse al altar de la montaña, en el que Paris, depositando la imagen fabricada por sus manos, rogaba en aquel instante:

—¡Dame, Afrodita, para Helena, un reino!

Del lado opuesto, Hector hizo la ofrenda de las lágrimas de su madre, de todas las lágrimas vertidas por la anciana Hécula floando la muerte de su hijo.

Agelao, que acompañaba al primogénito de Priamo, descubrió a Paris, y los dos corrieron a abrazarse. En seguida, el pastor interrumpió la ofrenda de Hector.

—No ruegues por él: tu hermano vive. ¡Míralo delante de ti!

Y volviéndose al sorprendido efebo, añadió:

—Tú eres hijo del Rey Priamo y éste es tu hermano.

En los ojos de Paris encendióse la llama del entusiasmo.

—¡Yo hijo del Rey más poderoso de la tierra?—dijo—. ¡Oh, gracias, Afrodita, porque diste mi ruego!

Después de un primer abrazo, Hector y Paris se encaminaron hacia la cabaña del pastor. Unos violentos rugidos los obligaron a detenerse: dos leones les cerraban el paso.

Agelao, que le había precedido, comprendió el peligro que los amagaba. Arrodillóse a los pies

de Helena y sollozó:

— Reina, estamos perdidos!

Una rápida decisión apoderóse de la voluntad de la Reina, que salió de la humilde vivienda dispuesta a salvar a los dos hermanos.

— Si buscáis una víctima, tomadme a mí! — clamó.

Las fieras volviéronse al oír el rumor armonioso de aquella voz. Sus pupilas de fuego se fijaron en aquella maravillosa mujer, de la que se desprendía un poder mágico, que no era otra cosa que el reflejo de su divina belleza. Y, sugestionados, los leones, como mansos corderos, se tendieron a sus plantas.

— ¡Afrodita! — exclamó ella delirante de alegría — ¡Si mi destino era llegar hasta aquí para salvar estas vidas, loado sea mi destino! Yo te acato y en gratitud eterna te serviré toda la vida!

Al conocerse el resultado de la cacería, Troya se llenó de júbilo. A las lágrimas vertidas y a los lamentos que hasta entonces atrancara el infortunio, sucedieron los cantos y las danzas.

Príamo apresuróse a dar la noticia a su mujer.

— ¡Está tranquila, Héctor! Por un milagro de Afrodita, Hector se ha salvado de una muerte segura.

Aclamada por la multitud, Helena, con una belleza más sobrenatural que nunca, hizo su entrada en la ciudad en un carro del que bajaban los amansados leones. Paris y Hector iban con ella.

Príamo salió a su encuentro.

— ¡Arrodillaos! — tronó su voz —. Besad sus huellas! ¡Esta es la Dama del Milagro!

Y la muchedumbre postróse ante aquella mujer extraordinaria, mientras Héctora estrechaba en sus brazos a Paris, el hijo que creyó perdido.

El Rey pasó por entre sus súbditos arrodillados para dar la bienvenida a Helena.

— Tú, conjurando la maldición de los dioses que pesaba sobre mí, has hecho que este sea el día más feliz de mi vida — dijo —. ¡No te vayas! ¡Quédate entre nosotros! ¡El corazón me dice que eres la enviada de Afrodita!

Pero otra vez el profeta Aisaco, hermético y terrible, llevó el frío del espanto y de la muerte al espíritu de Príamo.

— ¡Guárdate, Señor! — gritó —. ¡De esta mujer vendrá tu desgracia! ¡Por ella morirán tus hijos y la ciudad quedará reducida a un montón de cenizas!

Tracundo, Príamo volviöse a Aisaco.

— Fatal profecía la tuya! Para que no la repita, cargadle de cadenas y encerradle en la mazmorra más profunda.

Varios soldados se precipitaron sobre al augur, al que arrastraron, conduciéndole a la prisión.

Y como si su castigo fuera la señal de que su augurio se vería cumplido, una nave extranjera atracó al puerto y de ella desembarcaron numerosos guerreros griegos, de los que se destacó un grupo que se encaminó a la ciudad.

A las puertas del palacio, los griegos ordenaron a un cortesano:

—Anunciad a Priamo que Menelao, Rey de Esparta, y Agamenón, su hermano, llegan a reclamar, pacíficamente primero, la esposa de aquél, robada por París.

Menelao no tuvo paciencia para esperar y, penetrando en palacio, seguido de los suyos, exigió a Priamo:

—¡Devuélveme mi mujer!

Priamo guardó silencio unos segundos y respondió con palabras medidas:

—Un rey poderoso, sus hijos y todo el pueblo de Troya, agradecidos a Helena, cuya sola presencia ha hecho cesar las calamidades que nos afligian, te rogamos que no nos quites la gracia de los dioses que ella nos ha traído.

Menelao se dirigió a su mujer.

—¿Y tú qué dices?

Helena pareció dudar. París la suplicaba con los ojos y el pueblo en masa la rogaba:

—¡No te vayas, Reina!

Vencida por el amor de su príncipe y los ruegos de la multitud, Helena contestó a la pregunta de su marido:

—Menelao, un día te burlaste de mis temores y me obligaste a proceder en contra de ellos. ¡Hoy debo permanecer donde me trajo mi destino para bien de esta ciudad, mi nueva patria!

Nada respondió el Rey de Esparta, recordando la profecía del Oráculo de Delfos. Sólo Agamenón, irritado por la negativa cargo su arco con la flecha inflamada para dispararlo contra Helena.

—¡Troya es mi nueva patria!—exclamó la

Reina. —¡Su altar me proteja!

Agamenón, entonces, disparó el dardo hacia los cielos, en señal de guerra, y juró:

—¡La Grecia ofendida no cejará hasta que las llamas en que arda Troya suban tan altas como esta flecha!

De regreso los enviados en sus naves, comenzó la guerra. Lo primero que se propusieron los griegos fué intentar un desembarco, al que trató de oponerse Hector acudiendo con los troyanos a la costa.

Desde la ciudad, Priamo, rodeado de cortesanos, presenciaba la lucha. El triunfo parecía inderciso. Temeroso por el resultado, el Rey mandó que vinieran a su presencia París y Helena.

—¡Amparadnos!—pidió a la mujer—. ¡Salva a Hector!

Pero ella no podía olvidar que llevaba sangre griega en las venas y no se determinó a causarles daño a sus hermanos, impetrando el favor de la diosa.

Entonces París solicitó la venia del Rey para correr en auxilio de Hector. Quería intentar, por Helena, una empresa casi imposible.

—¿Quién viene conmigo a combatir por Helena?—preguntó a los caudillos que aun no habían intervenido en la lucha.

Todos se unieron a él, y saliendo al frente de nuevas tropas, París acometió con tal ímpetu a los griegos que los obligó a retroceder, salvando a su hermano de la situación desesperada en que le pusiera el enemigo.

El pastor, convertido en héroe, volvió a la ciudad aclamado como un rey.

¿Quién le había infruido aquel insospechado valor?

Retirados a sus naves, los caudillos griegos, deseosos de venganza, prometieron reanudar la lucha en cuanto las primeras luces del nuevo



— ¿Quién viene conmigo a combatir por Helena?

— ¡Quien asomase por oriente.

— Yo, Agamenón, juro castigar a Helena! aseguró el Rey de Grecia. — ¡Lucharé hasta vencerla pagar su crimen con mi espada!

Su hermano, que seguía amando a la mujer que le traicionara, juró a su vez:

— ¡Y yo Menelao, Rey de Esparta, la protegeré con mi escudo! ¡Soy el único llamado a juzgarla y la creo inocente!

Mientras los caudillos griegos discutían de esta manera, Helena reñía a Paris la corona que Aquiles ganara en los juegos Olímpicos. Y Aquiles, que presenciaba la ceremonia desde el mar, prometió no volver a sus lares sin la corona que estaba destinada para él. Su cólera era terrible, y los dueños de Grecia oyeron con terror su juramento, del que cabía esperar la victoria.

Llegaban hasta el mar los rumores de las fiestas con que Troya celebraba el primer triunfo de sus tropas.

Paris era el más feliz de los mortales. Todos sus sueños se habían cumplido: la corona del triunfo reñía sus sienes; un reino se extendía a sus pies, y rendida en sus brazos ofrecíasele la mujer más bella del mundo: ¡Helena! ¡Venus Afrodita hecha carne!

La destrucción de Troya

Larga es la guerra. Años de angustia y dolor han pasado y las murallas de Troya resisten aún. La victoria sigue indecisa. Los griegos no se determinan a levantar el asedio con la vergüenza de dejar a Helena en poder de sus enemigos.

El espectáculo de la muerte empieza a fatigar. Tantos son los muertos por una y otra parte!

Y las mujeres lloran constantemente junto a las tumbas.

El Grave Consejo, que Priamo preside, se ha reunido. Uno de los venerables ancianos que lo forman expone así los deseos de todos:

—Rey, dejarnos votar y nuestra resolución te obligará a entregar a Helena, causa de esta espantosa guerra, a los griegos, de que procede.

Paris, que asistía al Consejo, trató de oponerse con todas sus fuerzas.

—Helena, no! ¡La matarían los griegos! ¡Aceptad mi sacrificio y entregadme a mí, por ella!

El anciano que había hablado primero, rechazó la oferta del Príncipe.

El sacrificio de Paris por su amada—dijo—no aplacaría a los dioses. ¡Exijimos la entrega de Helena!

Viendo perdida su causa, Paris suplicó a su hermano:

—Intercede por ella, Hector!

No fué necesaria la intervención del primogénito de Priamo. La misma Helena presentóse en la Asamblea en el momento en que los ancianos tomaban las fichas para la votación, y su voz aterciopelada, de suaves matices, dijo:

—Ayer, una mujer del pueblo gritó a mi paso: "¡Vuélvete a Grecia, maldita de los dioses y cese la matanza que originas!". De esta manera me habló la mujer del pueblo y yo creo que tenía razón. ¡Dejadme, pues, partir, venerables señores!

Los ancianos oyeron con respeto a Helena y

admirando su belleza, pensaban: "¡En verdad que esta mujer bien merece que griegos y troyanos soportemos tan misera suerte!"

—¡Quiero morir y he me dispuesta a sacrificar incluso el amor de Paris, para libraros de la guerra!—añadió.

Todos callaron, pero en los rostros arrugados de los Consejeros se traslucía el entusiasmo que despertaban en ellos la arrogancia y la belleza de aquella mujer.

Procedióse a la votación. Cayeron las fichas en una bandeja de oro. Priamo las miró y exclamó como en triunfo:

—¡Ni un voto en contra tuya! ¡Permanecerás entre nosotros!

La Asamblea fué interrumpida por la llegada de un mensajero, que anunció:

—La sublevación y la peste han estallado en el campo enemigo!

—¡Ya lo veis!—dijo gozoso el Rey— Helena es nuestra buena estrella. Ahora hay que dar la batalla decisiva. Hector y Paris irán al frente de nuestras tropas.

Ante la idea de que Paris combatía, nublóse de pronto la alegría de su amada.

—¡No vayas!—Imbo de rogarle, estrechándose contra su pecho— ¡Quédate aquí! ¡Por nuestro amor te lo suplico!

Y el Príncipe, vencido por el apasionado ruego, accedió.

—¿Tú lo pides? ¡No iré! No es cobardía; es que el amor es egoísta.

Entre tanto, los griegos, acampados en la

costa junto a sus naves inactivas, comenzaban a sentir el cansancio de una guerra que los tenía alejados de la patria.

Tersites, el lizo, surgió entre ellos portando un siniestro cuervo negro y, refiriéndose a los cadáveres pestíferos que llenaban toda la llanura, desde el campamento hasta las murallas de Troya, dijo con sarcástica risa:

— ¡Oid lo que dice este inteligente pajarraco!

Los griegos lo rodearon y el cuervo negro pronunció tristemente:

— ¡Patria!

Tersites advirtió la presencia de Aquiles y le dirigió la palabra con ironía.

— ¡No tendrás en Grecia bastantes mujeres hermosas que se te rindan? ¿Por qué pierdes el tiempo codiciando a una mujer adúltera? ¡Volvamos a nuestro país!

El terrible candillo se le acercó, frunció el ceño, vidriosos los ojos.

— ¡Flaco eres de memoria! — le dijo —. ¿Y no te acuerdas de otra ocasión en que castigué tu osadía?

Rápidamente sus brazos hercúleos levantaron en vilo al atrevido y, haciéndole dar una vuelta de campana, lo desnucó, arrojándolo en tierra sin vida.

— ¡Así morirá todo el que hable de volver a Grecia! — afirmó.

Luego, recorriendo con su mirada las filas de los griegos, la mano extendida como para una promesa solemne, añadió con convicción:

— Si estáis cansados de la guerra, yo la ac-

baré. Y como no gusto de regresar sin gloria, propongo que un duelo personal entre Hector y yo sea lo decisivo en esta lucha.

Nunca miras más que tu propia gloria — replicóle Menelao lastimado en su vanidad por el reto de Aquiles —. Yo, como Rey, decidiré. Y como soy el más ofendido, a mí me corresponde el honor de ese duelo. ¡Más no con Hector, sino con Paris!

Y Agamenón, que disputaba a Aquiles la supremacía heroica de Grecia, añadió a lo dicho por su hermano:

— Si el Consejo de los Príncipes acuerda el regreso a Grecia, tendrás que obedecer. La lucha con Hector te está prohibida. ¡Tú también debes acatamiento a tu rey!

Enfurecido por la oposición de sus envidiosos rivales, Aquiles revolvióse con desesperada violencia. Para descargar su ira, cogió el brazo pesado de una lámpara y, doblándolo con un esfuerzo inaudito, hizo el juramento siguiente:

— ¡Tan cierto como se dobla este hierro entre mis dedos, antes maldeciré de mí que combatir jamás junto a vosotros!

Y retiróse a su tienda, bramando como una fiera herida.

En ninguna ocasión hubiera sido más peligrosa la retirada de Aquiles que entonces. Los troyanos preparábanse a dar una batalla que pusiera término a la guerra. Ya lucía Hector el tremolante casco. Cerca de él, Paris contemplaba, tristemente, las armas de su hermano. Ninguna participación tendría él en los comba-

tes que se iban a entablar. Así lo quería su amada y el Príncipe resignábase, aunque con amargura.

Helena, dueña de la voluntad de Paris, distendióse de entrar en la lid aquel día. En la intimidad de su hogar, hilaba los copos de los sueños; cuando recibió la visita de Héculu.

—Hija mía—le dijo la esposa de Priamo—, he tenido un mal sueño. He visto derramada la sangre de Hector. Ni Andrómaca, su mujer, ni yo misma hemos podido convencerle de que no vaya al combate. ¡Sólo tu puedes persuadirle! ¡Hazlo por mí!

—Lo intentaré—prometió Helena.

Tranquilizada por esta promesa, la madre se despidió. Al poco vino Hector a saludar a la esposa de su hermano, antes de partir al combate. Sentóse cerca de ella. Parecía agitado por una emoción oculta. Y perplejo y mudo ante la pálida hermosura de Helena, sintióse dudar oyéndole decir:

—Yo te suplico que no vayas a la guerra!

—¿Tú?

—Sí, yo... ¡Hazlo por mí!

No pudiendo ocultar más su contenido amor, loco, sin saber lo que hacía, Hector estrechó a Helena en sus brazos, denunciándose con la llama de un beso apasionado.

—¿De qué mala pasión eres esclavo?—preguntó ella, pálida de miedo, librándose de sus brazos.

Entonces, dándose cuenta del ultraje que acababa de inferir a su hermano, Hector, presa

de un dolor infinito, huyó hacia su casa, donde Andrómaca, presintiendo su desgracia se hallaba jugando con su hijo, después de haber tejido lo que acaso había de ser mortaja de su esposo.

—¡Dame la lanza!—pidió Hector entrando en su hogar.

La fiel y obediente compañera obedeció; sin embargo, hubo de rogarle:

—¡No vayas al combate!

La actitud de Hector no prometía esperanza alguna, y Andrómaca presentándole su hijo, suplicó de nuevo:

—¡Si no por mí; por tu hijo, siquiera!

Hector estrechó en los brazos al niño, pasó la mano por la cabeza de su esposa y, súbitamente, tomando la lanza, abandonó su casa, dejando tras sí el enigma de estas palabras:

—Sea lo que los dioses quieran. ¡No puedo vivir en la indignidad!

Andrómaca quedó vacilando bajo el golpe de estas frases. ¿Qué había querido decir? Una idea dolorosa desgarró su alma.

—¿Será posible?...—preguntóse.

Sin vacilar fué a la morada de Helena, a la que encontró triste y ensimismada.

—Dime, ¿Hector te ama?...—preguntóle.

Helena movió la cabeza afirmativamente, con infinita desolación.

—Sí... ¡Hector también!

Era su destino hacerse amar de todos los hombres que contemplaban su belleza.

Mientras un profundo abismo se abría entre las dos mujeres, Paris, con un supremo esfuerzo

de voluntad, tomó sus armas y presentóse a su amada.

— Por última vez! ¡Déjame partir!

Helena fijó sus ojos húmedos y llenos de ternura en su amante. A su lado seguía Andrómaca, pensando en el dolor de aquella mujer a la que tanto daño acababa de causar sin quererlo, consintió.

— Por Andrómaca lo hago! — dijo —. ¡Ve! ¡No te separes de Hector! ¡Guarda su vida!



Aunque hiervo su sangre guerrera, Aquiles, como indiferente a la lucha, mantiene su juramento de no combatir, entregado, en su tienda a la pereza.

En la llanura, el carro de Hector, al frente de sus tropas, había iniciado el ataque, y el rumor de la batalla llegaba hasta Aquiles.

— ¡Ira de los dioses! — gritó —. ¡Tendré que salir!

Su fiel e inseparable amigo Patroclo trató de animarlo diciéndole:

— Hector acaudilla a los troyanos. Le he visto.

Pero el bravo e invencible griego persistió en su inacción.

— Nada me cuentes. ¡Quiero cumplir mi juramento! ¡Traed mujeres que hagan música! ¡Risas, cantos y flautas, apaguen los oídos del combate! ¡No quiero oír el ruido de las armas!

Estaba frenético. Su promesa de no luchar

le retenía en su tienda contra su deseo, en pugna entonces con su voluntad.

El combate se había generalizado frente a Troya. Una voz griega alzose por encima de los combatientes:

— ¡Tregua! Queremos parlamentar!

En el acto las armas dejaron de herir, y el



— Hector acaudilla a los troyanos. Le he visto.

Rey de Esparta lanzó este reto:

— Yo, Menelao, invito a Paris, raptor de mi mujer, a luchar conmigo. Uno de los dos ha de morir. Pero vosotros, los de uno y otro pueblo, os separaréis en paz para toda la vida.

Aceptado el duelo, Menelao prosiguió diciendo:

— ¡Jurad que ninguno interrumpirá nuestra lucha! Su fin decidirá la suerte de esta guerra. ¡Y si alguien rompe el juramento, maldito sea! ¡Que su cuerpo sea arrastrado y que nadie le dé sepultura!

Hector fué el encargado de agitar en su casco los nombres de los dos combatientes, y quiso la fortuna favorecer a París dándole el derecho de arrojar la primera lanza.

Desde lo alto de las murallas, los sitiados contemplaban el singular combate.

La piadosa Andrómaca vió venir a Helena y trató de evitarle el doloroso espectáculo.

— ¡No te asomes! —le suplicó.

Pero Helena obstinóse en ver y sus miradas distinguieron el duelo bárbaro.

Su alma de mujer aterrorizóse temiendo la suerte de cualquiera de los dos, pues si uno era su amante, el otro había sido su marido.

— ¡Corro a salvarlos! —dijo, apartándose de la muralla.

Montó en su carro y lanzóse fuera de la ciudad. Cuando llegó cerca de los combatientes, el cuello de París estaba ya bajo los férreos dedos de su contrario.

— ¡Detente, Menelao! —clamó la griega con angustia.

A la sugestión de esta voz, tan amada para él, el Rey de Esparta experimentó una singular sensación, y la espada, presta a degollar a París, resbaló, inofensiva, de sus manos.

El duelo había concluido. En el suelo, el Príncipe yacía exánime. Pero a Agamenón no le

satisficia el resultado y, arrebatando el arma a su hermano, trató de rematar al vencido.

Rápidamente, Hector paró el golpe y, olvidando su compromiso, dió la orden de ataque, mientras París era conducido a Trova en el carro de Helena.

En su tienda, Aquiles ya no oía el estruendo de la batalla, ensordecido por los cantos y las risas de las mujeres.

Patroclo sentíase celoso de que su amigo se entregase al placer.

— ¡Por qué no ayudas a los nuestros? —le preguntó.

Aquiles levantóse. Un enviado de los griegos entró en la tienda.

— ¡Ayúdanos, héroe! ¡Sin ti, nuestra derrota es segura!

El candillo invencible golpeó al mensajero.

— ¡Y venís a decírmelo, cobardes? ¡Queréis que falte a mi juramento?

De nuevo Patroclo pretendió vencer la resistencia de su amigo.

— ¡Si no quieres luchar, déjame que yo luche con tus armas! ¡Sólo el verlas, causa miedo a los troianos!

Cenúdo y furioso, Aquiles parecía no oír a Patroclo, que se abrazaba a sus piernas, repitiendo:

— ¡Déjame combatir! ¡Dame tus hombres!

Los griegos se hallaban cada vez en situación más difícil. Sus enemigos, llegando hasta sus naves, habíanles prendido fuego.

Esta noticia decidió a Aquiles.

— ¡Ve! — dijo —. Ponte mis armas y déjate ver, Patroclo, amigo del alma!

Cerca de Helena, que, inclinada sobre el cuerpo de su amante prodigábele sus cuidados, Paris comenzaba a revivir. Como garfios de hierro hubianse hundido en su garganta los dedos de Menelao, y por su pecho corría la sangre.



Inclinada sobre el cuerpo de su amante prodigábele sus cuidados.

— ¡La flota griega es una hoguera! anunció un troyano — Hector vence!

El corazón de Helena sufría entre dos sentimientos contrarios: temía por la derrota de sus compatriotas y temblaba de angustia la idea de que los troyanos fueran vencidos. Así, indecisa, ella dirigía los ojos a la llanura, para

volverlos luego al Príncipe, tendido a sus pies.

La presencia de las tropas de Aquiles había enardecido a los griegos. Hector, creyendo que la armadura del mas temible de los caudillos, cubría a su dueño, lo buscó para medir con él sus armas.

— ¡A ti te busco, Aquiles! — Quiero morir con honor! — dijo.

Pero al arremeter contra su enemigo, cayósele a éste el casco.

— ¿Cómo? ¿Eres Patroclo? — preguntó con sorpresa.

Prosiguió el combate. Mas fuerte que su adversario, Hector lo desarmó y su espada clavóse en el pecho de Patroclo.

Los dioses no habian oído los ruegos de Aquiles, a quien el invicto pidiórales protección. Un mensajero le trajo la fatal noticia.

— ¡Patroclo ha muerto a manos de Hector!

Y loco de dolor, Aquiles arrojóse al suelo gritando:

— ¡Maldita sea mi cólera! ¡Maldita, cien veces, mi soberbia!

De un salto se puso en pie y saltó a su carro.

— ¡Hector — clamó — prepárate a morir! ¡Ha llegado tu hora!

Al conocerse el triunfo del primogénito de Priamo, la alegría llenó con sus ecos jubilosos la ciudad sitiada.

Iban llegando los prisioneros. Helena los contemplaba con tristeza, y oía pronunciar su nombre en los labios de las víctimas, como si esperasen que ella podría salvarlos.

—Los presos irán al suplicio—ordenó el Rey—. ¡Cíñeles tú, Helena, la corona del sacrificio.

—¿Olvidas que soy griega?—preguntó con espanto la amante de Paris.

—¡Prométeme el sacrificio de los prisioneros, si la diosa airada, la divina Atrodita, ha dis-



—Los presos irán al suplicio. Cíñeles tú, Helena, la corona del sacrificio.

puesto la destrucción de Troya!—exigió Priamo, irritado por la oposición de Helena—. ¡Cumple mi orden!

—¡Nunca! ¡Antes dame a mí la muerte!

En su cólera brutal, el Rey desenvainó su espada. Entonces Paris, vuelto en sí, se irguió y arrancóle el arma de las manos.

—¿Contra tu padre y Rey te vuelves? ¡Le vade a la prisión!

Dos soldados se apoderaron del Príncipe, al que Helena vió marchar, arrastrado por los servidores del Rey, perdida en una desolación infinita.

—El más alto tribunal debe decidir sobre la



En su cólera brutal, el Rey desenvainó su espada...

suerte de esta griega—añadió Priamo—. Segúndme a la mazmorra del profeta Aisaco: Deseo escuchar su designio.

Entre tanto, en el campo griego se había hecho notar la presencia de Aquiles. Aterrados por el furor del inexorable caudillo de los pies ligeros, los troyanos corrían a la desbandada, re-

fugiéndose en el reduto de la ciudad.

Sólo Hector se quedó fuera.

—¡Abrid las puertas!— gritó desesperadamente Helena, viendo al hermano de su amado expuesto a la furia de Aquiles.

Al oírlo, Hector alzó la cabeza y la vió, y, como a un mágico conjuro, despertando de nuevo su bravura, hizo frente al más valiente de los héroes griegos.

—No me buscales?— dijo, volviéndose—. Aquí estoy. ¡Mátame, si puedes!

En aquel instante una figura de mujer mostróse en las murallas llevando un niño en brazos, y hasta Hector llegó la voz de su esposa que le decía:

—Acuérdate de tu hijo!

Este grito lo paralizó. Pujando de las bridas a sus caballos, puso otra vez el carro en dirección a la ciudad, emprendiendo la fuga, humana fuga a que le compelia el recuerdo de su hijo. Pero era su destino un destino sangriento y una lanza que le arrojó Aquiles, le traspasó la garganta, derribándolo a las mismas puertas de Troya.

Patroclo pedía venganza, Aquiles no lo olvidaba. Descendiendo de su carro, acercóse a su víctima agonizante.

¡No arrojes mi cadáver a los perros!—gimió Hector moribundo—. Ten piedad de él. Déjale arder en la hoguera purificadora!

La pérdida del caudillo troyano fué para la ciudad como un presagio de mayores males.

En la mazmorra del frío Aisaco, el Rey, ig-

norando su desgracia, echábase a los pies del augur, implorándole:

—¡Séanme tus profecias favorables! ¡Dime que Hector no ha de morir! ¡Dime que Troya está protegida de los dioses y recobrarás la libertad y mis tesoros serán tuyos!

Bajo el peso de un madero que oprimía su cuello, el profeta respondió:

—¡Una es la verdad! ¡Imposible negarla! ¡Morirán todos los tuyos! ¡Morirás tú, y en la hora de tu muerte verás la destrucción de Troya! ¡Esta es la palabra revelada por los dioses! ¡Y en este mismo instante mi profecía ha empezado a cumplirse!

En efecto, la guardia de Priamo abrió paso a un mensajero que se precipitó en la prisión diciendo:

—¡Rey! ¡Hector ha muerto! ¡Aquiles le ha matado!

—¡Que ataquen a Aisaco!—ordenó Priamo.

Empujado por los soldados que lo conducían al sacrificio, Aisaco volvió la cabeza.

—¡Loco!—exclamó—. ¡Una es la verdad como la muerte es una! ¡No, por ésta, torcerás aquella!

Desventuradas mujeres, víctimas de todas las penas.

Aquiles no se había conmovido por el ruego de Hector y lo ató a su carro, arrastrando su cadáver por la llanura, cumpliéndose así la predicción de Menelao, en su duelo con Paris: "Si alguien rompe el juramento de no interrumpir

nuestro desafío, que su cuerpo sea arrastrado y nadie le dé sepultura!"

Las mujeres troyanas presenciaron la espantosa desgracia. Y Hécula, la madre, mirando de pronto a Helena, gritó:

— ¡Tú eres la culpable, maldita griega! ¡Tiradla por la muralla!



— ¡Rey! ¡Hector ha muerto! ¡Aquiles le ha matado!

Un clamor de venganza corrióse por las murallas.

— ¡Muera la griega! — clamaron las mujeres.

— ¡Tuya es la venganza, Andrómaca! ¡Piensa en Hector! ¡Muera a tus manos!

Falta de fuerzas, aunque digna, esperaba Helena su castigo.

Pero la sublime piedad de Andrómaca se impuso.

— ¡No os vengáis de ella! — dijo — ¡Sólo Aquiles merece mi venganza!

Y poniendo su niño en brazos de Helena, contruvo la furia de las mujeres, añadiendo:

— ¡Desde hoy, ella protege al hijo de Hector! Con él en sus brazos, ¿quién se atreverá a hacerla mal?

De esta manera la sublime figura de Andrómaca salvó de la muerte a quien más debía odiar.

II

Después de meditarlo largamente, Priamo se determinó a suplicar que le devolvieran el atado cuerpo de su hijo.

Seguido de un largo cortejo funerario, cuando las negras alas de la noche tendíanse sobre la ciudad, el Rey salió de Troya, encaminándose a la tienda de Aquiles, en la que se presentó acompañado de Hécula y Andrómaca.

La madre, la esposa y el hijo se aproximaron al héroe y, poniéndose de rodillas, suplicaron:

— ¡Señor! ¡Devuélvenos el cadáver de Hector y besaremos la mano que le mató!

Aquiles denegó con un brusco gesto. El cadáver que le pedían era el del hombre que atrebatara la vida a Patroclo, su inseparable amigo, el más querido del héroe.

Andrómaca pretendió conmovérle mostrándole a su hijo.

— ¡No te dice nada este niño? — le preguntó.

Las manos del inexorable se posaron en la cabeza del infante, pero permaneció impasible.

Las mujeres se levantaron.

¡Humíllate, Rey!—deslizó Andrómaca al oído de Priamo—. ¡Suplícale tú! ¡Ya nos vengaremos!

Sin vacilar, Priamo postróse delante de Aquiles.

—¡Solo el inmenso dolor de padre puede obligarme a implorarte de rodillas, que me devuelvas mi hijo!—suplicó—. ¡No le niegues el último honor a su cadáver!

—¡Todo castigo será poco para el daño que me hizo!—replicó Aquiles.

Priamo torció la cabeza y la mirada de Andrómaca le exigió que siguiera humillándose.

—¡Piensa en tu padre que, allá lejos, en su triste soledad, se atormenta por tu suerte!—prosiguió el Rey.

Agamenón, que se hallaba cerca del héroe, le dijo en voz baja:

—¡No cedas!

Pero Aquiles vencido, no por los lamentos, sino por el fulgor de una idea que había alumbrado un deseo en su pensamiento, repuso:

—¡Tuyo es el muerto!; Llévatelo! Ahora que impongo una condición: Que Helena me entregue la corona de Afrodita, que me debe, para ponerla en la tumba de Patrolo.

—Si vas sin armas, como yo he venido—replicó Priamo—, cuando veas arder la fúnebre hoguera de Hector, acércate a la muralla y Helena te arrojará la corona.

—¡No aceptes!—insistió Agamenón—. ¡Veo la traición en sus ojos!

Aquiles no le prestó atención.

—¡Iré!—dijo imperturbable.

Rescatado el cadáver y de vuelta a la ciudad, las planifieras atronaron el palacio con sus cánticos y lamentos. Ocho días duraron los funerales celebrados en Troya por Hector.

Los gemidos de Andrómaca eran los más colorosos.

—¿Por qué no me viste, amado mío? ¿Por qué te fuiste sin decirme adiós?—sollozaba la pobre mujer.

En el octavo día, la viuda dijo al Rey:

—¡Demos tregua al dolor y preparemos la venganza!

—¡Que venga Paris!—ordenó Priamo.

El Príncipe presentóse, llevando impresas todavía en su garganta las huellas de los dedos de Menelao, y el Rey le habló así:

—Muerto Hector, tú heredarás mi corona. Pero estás obligado a vengarte de Aquiles, dándole muerte cuando se acerque, desarmado, a los muros de Troya... ¡He aquí la flecha envenenada que debes disparar a tu enemigo!

Paris cogió las flechas; los ojos de Helena lo miraron censurándole, y él, bruscamente, negóse a lo que juzgaba una traición.

—¿Cómo? ¿Te niegas?—preguntó Priamo—. Pues bien, según las leyes, ella pertenecerá al que mate al asesino del muerto, ya que por Helena murió Hector.

Esta amenaza, despertando los celos de Paris, le obligó a obedecer.

— ¡El destino manda! ¡No me queda otro remedio! — exclamó.

Viendo la buena disposición de su hijo, el Rey mandó que se encendiera la ténue hoguera para que acudiese Aquiles.



— ¡Demás tréguia al dolor y preparemos la venganza!

El resplandor de la llama puso en movimiento al héroe.

— Es la señal convenida — dijo.

— No confío en los troyanos. Déjame que te acompañe y te proteja — le propuso Agamenón.

En las murallas, Paris, con las flechas envenenadas, preparaba su arco.

Helena vino a sorprenderle, rogándole:

— ¡Por nuestro amor! ¡No tires!

Y las flechas cayeron al suelo.

Priamo entonces, temiendo el fracaso de su venganza, gritó:

— ¡Disparad, arqueros! Contornme a nuestra ley, aquel de vosotros que mate a Aquiles, tendrá en premio a Helena.

Los soldados se precipitaron a la muralla con sus arcos tendidos. Mas a todos adelantóse Paris y una de las flechas envenenadas fué a clavarse en el talón de Aquiles.

La voz del héroe ovóse al otro lado de las murallas.

— Mal tirador ha sido quien hizo el blanco en el talón!

Sin embargo, Paris sabía que aquel talón era el único punto vulnerable por donde podría entrar el veneno, y así hubo de comprobarse al poco.

Aquiles, que se había reído, sintió de pronto el efecto de la ponzoñosa substancia en que fuera mojada la flecha que le hirió y cayó muerto.

Agamenón dióse cuenta de la verdad. Aquel crimen era el más inicuo de todos los cometidos en aquella guerra.

— Helena ha traicionado a Aquiles — dijo a su hermano —. ¡Jura que la matarás con su espada!

Nada tan lejos de la verdad como la suposición del Rey de Grecia. Helena no había traicionado al caudillo de los pies ligeros. Antes al

contrario. Por eso, al verlo caer sin vida, preguntó, pálida y temblorosa a Paris:

—¿Qué has hecho, cobarde?

—Asegurarte para siempre—sollozó él—. Sin ello, tú habrías sido de otro.

—¡Mejor te quisiera muerto, que traidor! ¡Para siempre has matado el cariño que te



—...Pues bien, según las leyes, ella pertenecerá al que mate al asesino del muerto, ya que por Helena murió Hector.

tenía!

Y Helena dejóse de su amante, triste por su destino de mujer que hacía correr la sangre de los hombres.

En cuanto supo consumada su venganza, la hel Andromaca arrojóse a la hoguera purifica-

dora con su hijo, para seguir eternamente a Hector.

Mientras tanto Helena buscaba a Priamo y le decía:

—¡Acuérdate del profeta Aisaco! ¡Tu crueldad será castigada!

—Con tus palabras—repuso el Rey—acabas de sentenciar a Paris. Para aplacar a los dioses, debe morir. ¡Yo les ofrezco su sacrificio!

Al mismo tiempo, los griegos, decididos a entrar en Troya, pusieronse a construir, por consejo del prudente Ulises, un enorme caballo de madera, tan grande que, en su interior, cupieran los más feroces guerreros del ejército.

Menelao, a quien su hermano animaba a vengarse de Helena, sintiendo que se acercaba el momento de castigar a su esposa, vacilaba. Agamemnon lo notó.

—¿Qué dudas?—le dijo—. Llegó la hora de tu venganza. ¡Cuando estés delante de tu mujer, recuerda su traición!

Habían acordado los griegos retirarse de su campamento, después de construido el caballo, para engañar de esta manera a los troyanos. Uno de ellos, famoso por su elocuencia, de nombre Simón, era el único que debía quedarse, y en cuanto el enemigo llegara, debía persuadirle a transportar el caballo como trofeo de guerra.

Entre tanto, Paris, seguía en prisión, deseando que la muerte pasiera término a sus amarguras.

Un día presentóse a verle Helena, acompañada de Hécula. La presencia de su antada, hizo que Paris recobrara su perdida alegría, que sólo duró el tiempo que ella tardó en decirle:

—No vine por mi propia voluntad. Las súplicas de tu madre me conmovieron.

—Si me abandonas en mi última hora—dijo el Príncipe—, me mataré.

Aquella noche, Priamo, tuvo un ataque de apoplejía, durante el cual un sueño profético le anunció la próxima destrucción de Troya.

El viejo Rey alzóse delirante de su lecho, y atravesó las salas de su palacio, llegando con paso vacilante a su trono.

—Por segunda vez ¡oh, dioses!—exclamó— os ofrezco el sacrificio de mi hijo Paris si tenéis piedad de Troya y de mí.

Las furias de la crueldad habíanse hecho dueñas del ánimo de Priamo. Hécula, su esposa, quiso calmarlo.

—He visto morir a todos mis hijos—lamentóse— ¡No me quites también el último que me queda!

Enloquecido por la fiebre, el Rey no la oyó, y, alzando sus manos, imploró de nuevo a los dioses:

—¡Si oís mi ruego, Helena os será igualmente sacrificada!

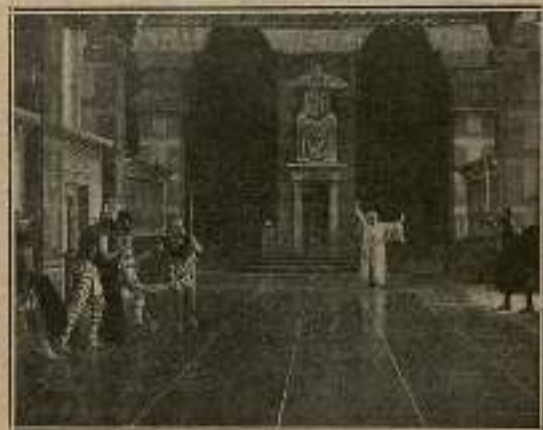
No bien acabó de hacer esta oferta, un mensajero presentóse diciendo:

—¡Victoria! Los griegos han huido dejando abandonado su ídolo: un enorme caballo de madera que tenían por dios tutelar de la guerra.

Priamo se irguió. Sus ruegos habían sido oídos.

—¡Paris y Helena deben morir, como he ofrecido!—dijo.

—¿Qué hacéis con el caballo?—preguntó el mensajero—. El prisionero Simón nos ha revelado que estaba erigido en honor de Atenea.



—Por segunda vez, ¡oh, dioses! os ofrezco el sacrificio de mi hijo Paris...

Pues que sea el sacerdote de Atenea quien nos diga lo que debe hacerse—repuso Priamo.

Después de un momento de meditación, el sacerdote expuso:

—Adornar el caballo e introducirlo en la ciudad.

El Rey determinó que se siguiera el consejo.

y poco más tarde, mientras los troyanos se disponían a arrastrar el caballo, Paris y Helena recibían en la prisión la noticia de la sentencia que los condenaba a muerte.

En su alegría, los troyanos, aunque oyeron



— He visto morir a todas mis hijas... ¡No me quites también el último que me queda!

ruidos sordos que salían del vientre del caballo; lo introdujeron en la ciudad, en cuyas murallas fué necesario que se abriera una brecha para dejarle libre el paso.

Ocultos en la costa, los griegos adivinaron su triunfo, viendo como el artificio del ingenioso Ulises tenía el final por él previsto.

Era ya de noche, terrible noche cuyas sombras dejaban ser el marco de escenas de victoria y de muerte.

Priamo preparaba, con ayuda de los sacerdotes, la copa de veneno destinada a los amantes, a los que se cubrió con velos para que orasen por la suerte de Troya antes de que llegara su última hora.

Helena y Paris, de hinojos en la estancia donde se había levantado un altar a Atenea, rogaban, contentos, en medio de su dolor, de morir juntos.

Inesperadamente abrióse la puerta y Paris echóse en los brazos de Hécuba, su madre.

— ¡Huye, hijo mío! Todos se han embriagado, celebrando la fuga de los griegos! La puerta está abierta!

Helena unió sus súplicas a las de la madre.

— No dudes, Paris. ¡Huye! Yo estoy dispuesta a morir pagando todas mis culpas.

— ¡Yo también moriré si no vienes conmigo! — afirmó el Príncipe.

Helena resistióse a seguirle. Ya no le amaba. La flecha que produjera la muerte de Aquiles había matado su amor.

— Yo te lo pido — suplicó Hécuba. — ¡Sálvanlo; huyendo con él! Es el último hijo que me queda! ¡Ten piedad de una madre que vio morir a todos los hermanos de Paris!

— ¡Sea entonces! — exclamó Helena,

Y los brazos del Príncipe la llevaron fuera, tratando de librarla de la crueldad del Rey.

Se acercaba la hora prevista por los griegos. Los guerreros que iban ocultos en el vientre del caballo se dispusieron a tumbar a Troya. Ya se preparaban a abandonar su escondrijo, cuando Paris y Helena aparecieron en las puertas de palacio. El Príncipe oyó ruido y distinguió a Menelao, que arrojaba una escala para descender. En su ardor patriótico, quiso dar la señal de alarma.

—¡No avises!—le pidió Helena—. No hagamos traición a mi esposo.

Y por el amor de Helena, Paris renunció a salvar a la ciudad. Y para no marcharse con el pecado de aquel crimen, mostró su pecho desnudo a Menelao, diciéndole:

¡Hierete! ¡Mátame pronto!

La flecha del Rey de Esparta fue certera.

—Y esta otra para Helena—oyó el herido que decía Menelao.

Este peligro le hizo recobrar un momento sus fuerzas, para defender a su amada, a la que condujo hasta palacio, donde el Rey, ebrio y enfermo, después de celebrar con un festín lo que suponía término de la guerra, veía alzarse el espectro de Aisaco que le recordaba su profecía:

—¡Escrito está con letras de fuego! ¡Muriendo verás la caída de Troya!

Aterrado, Priamo se levantó de la mesa del festín.

—¡Las tumbas se abren!—gimió—. ¡La mal-

dición cae sobre mí! ¡Idos, cortesanos inconscientes que os reís de lo que yo veo claro! ¡Idos!

El no sabía aún que los enemigos se encontraban dentro de Troya.

Con la flecha clavada en el pecho, Paris había logrado que Helena entrase en la casa del Rey; él quedose defendiendo la entrada, para librarla de la ira de su esposo.

—¡Oye la voz de un moribundo!—dijo a Menelao, que pretendía pasar—. Helena jamás fué culpable, ¡Créeme! ¡Sólo a ti te ama!... ¡Perdónala!

Huyendo de Menelao, Helena llegó a donde estaba el Rey.

—¡Vives aún!—preguntóle Priamo ofreciéndole la copa del veneno.

—Voy a morir—repuso ella—pero escúchame. ¡Has matado a mi amor! Me has exigido que realizara cosas inhumanas y, por no hacerlas, me has perseguido con tu odio. Bien está si los dioses lo han querido. Pero ya se han cumplido los augurios de Aisaco.

Su mano febril recorrió las cortinas de unas ventanas, mostrándole al Rey la ciudad en llamas.

—¡Mira tu castigo!

Priamo vió como el fuego del incendio destruía la capital de su reino y, en su desesperación, arrancó el veneno de las manos de Helena y lo apuró, diciendo hasta que la muerte selló sus labios:

—¡Maldita seas Atenea, diosa de la traición y del engaño!

El cadáver del Rey llenó de miedo a Helena, que pensó en huir. Mas he aquí a Menelao, con la espada en la mano, dispuesto a cumplir su



—Ahora estoy seguro de tu inocencia... ¡Olvédanos lo pasado!...

...venganza.

Ella no se movió. Un ligero estremecimiento recorrió su cuerpo y esperó el castigo.

Bella como nunca, Helena se ofrecía como una víctima. Menelao se detuvo. Renacía en su co-

razón el amor que siempre tuviera a su esposa, cuya belleza divina se le mostraba ahora con toda su gracia.

Acordóse de su juramento. ¿No lo cumpliría? Sintióse sin fuerzas y extendió el brazo, dejando su espada en una mesa, al alcance de su mujer, la cual, comprendiendo lo que se esperaba de ella, apoderóse del arma levantándola sobre su pecho de nieve. No pudo descargar el golpe. Menelao lo impidió.

—Ahora estoy seguro de tu inocencia—le dijo—. ¡Olvédanos lo pasado! Yo fui causa de todas las tristezas que hemos sufrido. ¡Perdóname!

Y ella, que ya no amaba a Paris desde la traición de que hiciera víctima a Aquiles, sonrió a su marido y dejó que él la alzara en brazos y la llevara otra vez al tálamo de sus primeras bodas.

Se oían los gritos de muerte y exterminio de los griegos que consumaban la destrucción de la ciudad de Priamo. Hacia el cielo tendíanse las llamas del fuego que iba a reducir a cenizas a Troya la heroica, sobre cuyas ruinas sólo quedaría triunfante el alma de Helena, la humana encarnación de Venus Afrodita, la mujer, reina y señora del mundo, frágil y tornadiza, pero que con su belleza se impone siempre a los hombres, siendo dueña de sus destinos.

FIN

Revisado por la censura militar. Prohibida la reproducción.

Imp. «VICTORE» — Urgel — BARCELONA

PROXIMO NÚMERO

LA SENTIMENTAL NOVELA

SOY INOCENTE

Interpretada por la eminente artista

MAE BUSCH

y el colosal

CONRAD NAGEL

entre otros

ASUNTO DE HONDA REALIDAD

Postal regalo: **POLA NEGRI**

LA NOVELA FILM sale todos los
Martes en toda España

PRECIO 30 CTS. 10 FOTOGRAFÍAS

Colecciones completas y números
sueltos atrasados a precios comen-
tales, de venta, en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S.A.
Barbarrá, 16-BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los Kioscos de España

